

Miranda en la Carraca de Iván Candeo

Una lectura antropófaga

por Ángela Bonadies

En la historia oficial de los países se recurre siempre a los mismos nombres. Nombres que terminan aplastando la "cosa" que representan y que, de tan usados, se convierten en mitos que echan a rodar y van dejando una ruta circular, que vuelve al lugar donde comienza y comienza en el punto que termina, para así seguir. La historia parece un carrusel que gira pero no avanza, da vueltas alrededor de un centro que determina y acota, que define lo bueno y lo malo, lo negro y lo blanco, lo uno y lo otro. Un centro y las excentricidades que lo perturba, lejos de los matices.

La historia de Venezuela no es diferente, responde a pocos nombres, a un puñado de cartas marcadas donde el loco no está representado y no se hizo justicia al ahorcado: allí quedó colgado como *strange fruit*, innombrado y eterno; una muerte provisional que se repite a diario. Cuatro u ocho nombres, quizás doce, veinticuatro, unos antes y otros después, son repetidos hasta el agotamiento. En esa historia de país, un nombre antecede a todos y hace que giren en su órbita: una constelación desatada de héroes alrededor del "único", aquel que no voy a nombrar pues cada plaza del país depauperado lo elogia, la moneda que hoy no vale nada lo recuerda, la república militar y tiránica lo exhuma y un nuevo fenotipo ideológico y racista lo reinventa. Alrededor de él, Dios monocéfalo del ejército de vulgares caudillos, toda una iconografía que lo reverencia. De esa órbita surge "nuestro-casi-único-cuadro" del siglo XIX, que no es él sino su contraparte, *Miranda en la Carraca* (1896) de Arturo Michelena, que representa a Francisco de Miranda tumbado, preso, pensativo, melancólico. El perdedor que capitula y medita, el pintor que pierde la oportunidad de crear otro lenguaje. Todo explica de alguna manera un país donde la historia oficial reivindica el riesgo del que toma (partido por) las armas y castiga al que propone ideas, al que se aventura en otros lenguajes. Arturo Michelena huyó de los nuevos caminos de la pintura y se alistó como soldado de "lo mismo", deudor de un paternalismo que soñaba en francés y ejecutaba sus pesadillas en un patuá ostentoso y melifluo.

Sobre *Miranda en la Carraca*, el cuadro, gira el vídeo homónimo de Iván Candeo (Caracas, 1983). Vemos el lienzo en una reproducción blanco y negro y algo se mueve en él, sobre él. Aparece una hormiga, aparecen otras, se asoman ratas que pisan, muerden y se comen el cuadro. Miranda, además de melancólico, está abatido, tumbado sobre el suelo, pues vemos los roedores desde arriba. "Devoradores de hombres" se les llama a los animales que se alimentan de carne humana, devoradores también son los que se comen las posibilidades de otros hombres, instalándose a conquistar sus entrañas. Devorador devorado, Miranda deja espacio para otra imagen, quizás más real, la de un descampado de sentido, un espacio árido, en espera, duro, yermo.

El trabajo de Candeo parece tener el mismo impulso que empuja a Fernando Vallejo en sus novelas: ya que cada día los colombianos se reproducen sin límite -dice el escritor-, él en sus novelas mata la mayor cantidad de gente, tratando de crear un equilibrio tan poético como imposible. También este trabajo nos recuerda algunos fragmentos del *Manifiesto antropófago* de Oswald de Andrade: "Contra la memoria fuente de la costumbre. La experiencia personal renovada". Iván Candeo propone, por qué no, reescribir, virar y ampliar los métodos historiográficos, invitar a otros comensales a la mesa y replantear los principios estáticos de un país que no ha sabido salir de las cuatro paredes militares. Abrir el marco, pisar la tierra, sembrar otra cartografía, estar al acecho como los animales.

Un interesante contraplano a esta pieza de Candeo es *El entretenimiento* (2010) de El Conde de Torrefiel, obra en la que dos gatos comen mientras una voz en off narra el largo y canceroso atracón que aún pesa por haber vivido cuarenta años de dictadura franquista. La desaparición de la comida da paso al mapa de España, el país que tantas veces ha sido designado como "el enigma". Con el mismo encuadre y basados en mostrar la fragilidad territorial e identitaria, los dos cortos toman distancia en su desarrollo. *El entretenimiento* es un trabajo de aparición, de saturación, de búsqueda para entender qué es ese mapa que contiene tantas contradicciones, mientras que *Miranda en la Carraca* es una obra de desaparición, que desatura la imagen tanto en lo literal como en lo metafórico. En *El entretenimiento* "nadie sobrevive a un cáncer de cuarenta años". En *Miranda en la Carraca*: silencio y nada. La concepción épica de un país es tragada para dar paso a una propuesta poética vanguardista y antropófaga que reconoce la tradición, la hace propia, la traga para digerirla y proponer otras formas. La lírica aparece y con ella la visión subjetiva de otros mundos.

Iván Candeco pone en duda la representación y propone un nuevo glosario, cercano a la poesía, que podría hacer propias las palabras de Gabriela Kizer cuando apunta

Pero no quedará enterrado el corazón.

Tampoco lo congelaremos para futuros más desoladores aún

o sorprendentemente magníficos.

Miranda en la Carraca es un cuadro, pero sobre todo, es un icono. De tal forma que el trabajo de Iván Candeco camina por los terrenos iconoclastas, con el humor de quien propone otras posibilidades, otras historias menos únicas, aunque el fondo del cuadro sea aún árido y el futuro pinte desolador o magnífico.

Miranda en la Carraca de Iván Candeco:

<https://www.youtube.com/watch?v=aSDf2WquROg&feature=youtu.be>

Iván Candeco:

<https://vimeo.com/ivancandeco>

El entretenimiento de El Conde de Torrefiel:

<https://vimeo.com/31542729?fbclid=IwAR3Cv9tTLXA3Ut5ygmviFUFdvYRGhXJVxAM1WteoYpwlua>
jY73qyYd6yHls

<https://www.hamacaonline.net/titles/el-entretenimiento/>